

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8239

DIARIO DE LA NOCHE

TELEFONOS NUMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Cartagena.—Unos, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorete, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Farbourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIRRAS 4.

Miércoles 24 de Abril de 1889

MORALEJA

Por que á su suegra Doña Monserrate se le pegaba siempre el chocolate, el cutado Ginés, iba al infierno. Su miserable condición de y. rno. Compadecido de su mal le dije: En vano Vd. se aflige, Compre Vd. chocolate de Valencia Y véalo como cesa su quebranto.

Requiere: a otro día, Buscarne Ginés deshecho en llanto y así con efusión me repetía: Usted es mi providencia, soy dichoso; A Doña Monserrate: Que antes no le gustaba el chocolate Le ha parecido hoy el de Valencia Cosa exquisita Que ella misma se ha hecho una tacita cuidando con esmero y diligencia Que no salga pegado Por eso digo, Vd. es mi providencia Usted ¡oh D. Benigno! me ha salvado.

Las pastillas de estos ricos chocolates desde el precio de 4 reales en adelante contienen una tarjeta con el retrato del insigne marino D. Isaac Peral, bájase pues al comprar dicha marca.

Representante General en la provincia de Murcia para las ventas al por mayor, Benigno Sánchez Risueño. Cavidad 3 Cartagena.

Vase en la 4.ª plana el anuncio Gran Éxito

PURA inmediatamente cura
Dismenterias, vómitos de los niños y de las embarazadas, Colera, Tifus, Gástritos y úlceras del estómago

BISMUTO Y CERDO
VIVAS PEREZ

DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

GALILEO.

(Conclusión.)

Por fin el 22 de Junio el Tribunal dictó su sentencia de la cual copiamos estos puntos los más importantes á nuestro juicio.

«Por tanto, deseoso el Santo Tribunal de obviar los inconvenientes y perjuicios que podrían originarse y prevalecer en memoria de la Sagrada Fe, por orden de nuestro señor el Papa, y de los eminentísimos Cardenales de esta Suprema y Santa Inquisición, los asesores teólogos han calificado dos proposiciones concernientes á la estabilidad del Sol y al movimiento de la Tierra del modo siguiente:»

«Que el Sol está en el centro del mundo inmóvil es absurdo filosóficamente hablando, falso y realmente herético, por ser expresamente contrario á la Sagrada Escritura.»

«Que la Tierra no está en el centro del mundo ni inmóvil, sino que se mueve, y también que tiene un movimiento diurno es tan absurdo filosóficamente hablando como teológicamente considerado un error de fe cuando menos.»

«Mas á fin de no ser demasiado grave la falta y pernicioso el error, la transgresión no queda del todo impune, y el culpado que quedará perificado en lo sucesivo, deberá servir de ejemplo á los demás, para que no tengan de cometer la misma falta. Por tanto, por público edicto que la Santa Inquisición de Galileo Galilei, que es promulgada; y que vos, seáis conducido á formal prisión á disposición del Santo Oficio por todo el tiempo que bien nos parezca; y por

vía de saludable penitencia os prescribimos que por tres años consecutivos recéis una vez á la semana los siete salmos penitenciales, etc.»

¡Pobre anciano cargado por los años de los padecimientos físicos más dolorosos, y sin fuerzas posibles para soportar estos otros padecimientos también físicos y además del espíritu! Si había falta grave, error filosófico y transgresión teológica, no era ciertamente la culpa de Galileo, sino de la Tierra misma, de la creación, de su autor que no la hizo á gusto del Tribunal. Esa sentencia pues se cae de la frente del inocente Galileo, y queda lanzada sobre el verdadero causante que es Dios. ¡Oh sacrilegos é impíos siquiera sea por imprudencia temeraria!

Para llegar á esta sentencia relativamente humanitaria y benigna, fue preciso que el procesado hiciera una solemne abjuración. La hizo en efecto á gusto de los inquisidores, y seguramente redactada por ellos, como revela bien á las claras el estilo teológico inquisitorial en toda su pureza. No la trascribamos. Se enciende el pecho, y acuden á los ojos ya las lágrimas del dolor, ya las llamas de la indignación. El acto tuvo lugar en la iglesia del convento de Sta. Minerva, Galileo de rodillas como un penitente, trémulo como un criminal, con la cabeza humillada hacia el suelo, aquella venerable cabeza que brillaba con la claridad de la ciencia y la aureola de tantos descubrimientos, ante los cardenales y pelados de la Congregación del Santo Oficio, abjuró, maldijo y declaró detestar el grave error de que la Tierra se mueve; martirio cruel para un sabio que ama las verdades científicas como á los ángeles, y á la que descubre ó confirma como á la Divinidad; pero más martirio para su alma noble y honrada, cuando se le hizo jurar que denunciaria á cualquier persona de quien él supiera que profesaba dicha herejía ó otra.

De aquella postración indigna y de sus mortales angustias, ha levantado á Galileo la civilización fortalecida por el voto de todas las generaciones que se han sucedido, y obligada por las aclamaciones y los fallos del presente siglo; lo ha levantado para ponerlo en esglie en el trono de honor que se concede á los más distinguidos héroes y á los genios inmortales. Su estatua es la glorificación de su memoria y el baldón de sus opresores. Mas honró él á la humanidad, porque más honró á la ciencia, y la ciencia es el reino glorioso del espíritu.

Se ha inquirido si la Inquisición aplicó ó no á Galileo el tormento material, y ha sido plenamente demostrado el extremo más consolador: no hubo verdugos y máquinas contra Galileo. Pero acaso, según la calidad y circunstancias del inique procesado, no fue la Inquisición de las promesas que dejaban á los procesados más aguijones que los tormentos materiales. ¿Qué falta? Pues que castigáramos al pasado sus errores, ya que castigamos sus

crímenes y que no seamos tan intransigentes como fueron los mismos inquisidores.

PASCUAL M. MORENO

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

ALCACHOFA.

Charada

Quando á mi cuarta y dos fui,
tan prima y cuarta hallé todo,
que aunque no encontraba modo
pronto me vine de allí.

Tuve en esa tierra extraña
una dora cuarta y prima,
por prima y dos, y en su cima
soñaba yo con España:

Dijome allí el principal
de un comercio conocido,
que siempre mi tertia ha sido
una nota musical

Que así lo dice un señor
cuyo nombre no lo sé,
pero que mi todo fué
diez años en un vapor.

LA LITERATA.

Hay una cosa en el mundo con la que yo no puedo transigir, aunque me diviertan en milé-linas.

No son la leche y el café adulterados de ciertos establecimientos.

No es la desidia de mis compatriotas en no preocuparse con los adelantos científicos que ilustran á un país y le colocan al nivel de las naciones más civilizadas.

Tampoco es el mal éxito que aquí tiene todo proyecto útil, toda innovación benéfica, todo pensamiento que tienda al bienestar moral y material de los pueblos.

Con lo que yo no puedo transigir, caros lectores, es con la mujer literata.

Preferir la cruzada femenina contra mi humilde persona.

Me parece oír ya una tormenta de denuestos, epigramas y otras zarandajas por el estilo.

Mas no importa: á despecho de las aludidas, ó las que tengan la pretensión de serlo, enristro la pñola y acometo el asunto, quizá con tanto furor como D. Quijote acometió á los «inocentes» molinos.

«Una mujer literata que se ensucia los dedos de una en vez de cuidar la ropa de sus hijos, si los tiene, ó de su marido, si no es viuda soltera, me hace el mismo efecto que un hombre aplaudido en la tribuna ó en el foro espumando el puchero y tomándole la cuenta á la ciada.

«Puede ser buena madre, buena esposa, la duna que embebida con sus novelas siempre anda á vueltas con el editor, siempre está corrigiendo pruebas, siempre se la va leyendo los periódicos para enterarse de los bombos y platillos, y así juicio que toman de sus artículos.»

«¿Puede ser madre y ama mucho más que una mujer literata? La ser madre, ama, esposa, etc., es el trabajo de la vida, el deber, el deber de la vida en esta vida, y en esta vida ocupaciones que hay constantemente en el hear doméstico.

¿si tiene hijos, ya es doble la ocupación, triple el cuidado, y aseguro sin jactancia, que

como quiera entretenerse, no le ha de quedar mucho tiempo disponible para el paseo ó la visita.

«Cómo, pues, una madre literata ha de cumplir bien con sus deberes maternos si apenas puede dar cima diariamente á sus faenas literarias.»

De ninguna manera.

Comprendo que haya habido una madame de Staël, una madame de Sevigné, una madame de Beauumont, unos genios tan deslumbrantes que sin descuidar por un momento sus deberes sociales, asombran al mundo con los desvelos de su talento; cuyos escritos son hoy admirados por todos, cuyas obras sirven de enseñanza á la juventud; pero no comprendo esa falange de poetisas y literatas, cuyos himnos al sol, y á la luna, y á los prados, y cuyas novelas inverosímiles y hasta «atrevidillas», no dan á sus autores honra ni provecho, ni pueden aprovechar á la posteridad de otra cosa sino de papel para envolver garbanos y almidón.

No me asombra que la mujer literata, lanzada en ese caos de «ilustración» y de «independencia», llorada de año á otro extremo del mundo por los periódicos, y fraternizando con los hombres de letras, haya creído que su misión en la tierra, se encierra simplemente en las prosas y los sonnetos.

No me extraña tampoco que á semejanza de lo que sucede en los Estados Unidos y en Inglaterra, estudien algunas para «médicas» y «abogadas».

Pero me espanta el pensar lo que sería de la sociedad el día que llegase la mujer á conseguir esos derechos por ley y por derecho.

«¿No le gusta ser reina de su casa, Dios mío! la mujer, el día que alcance la perfección y la sensibilidad?»

«No le satisface mirar á sus plantas el sexo fuerte, oírlo suspirar y verse consagrado en el altar del amor con acendrada fe y fervoroso culto?»

No la mujer, más incansable á veces que el hombre, llega en afrevoimiento más allá de la conveniencia y de la justicia. No le basta el incienso de las salones y del gabinete. Necesita de la popularidad, del aplauso público, y aprovechándose de la «galantería masculina», no teme dar á luz sus abortos literarios, que no pueden resistir las razas indestructibles de la crítica, porque la galantería masculina es su escudo invulnerable.

Para ser buena literata se necesita mucho talento, y para eso la profesión es difícil de desempeñar.

Para ser buena madre, solo hace falta un corazón sensible y un convencimiento exacto de los deberes maternales.

«¿Qué mujer, en fin, pueda dar á luz una hija, y así su hijo?»

«¿Qué más orgullo que poder hacer de ellos unos modelos de virtud, de honradez, de patriotismo?»

«Eso son las obras que le subvienen, y que le dan renombre le dan cuando mejor los adultos, y así más sublimes consejos derramados sobre su corazón.»

«Otra cosa, esto, fundar la nación, enseñar á leer y escribir, desahuciar los delincuentes, y así la moralidad y la paz, imponer el orden y la dignidad del mayor de los reinos.»

«¿Qué mujer literata, con ese ser «ambicioso» y «pretentame la comparación», es como que yo no puedo transigir en el mundo...»

—¿Cuál es, á nuestro parecer, la mejor ilustración de Francia?—digan que preguntó á Napoleón madame Staël.

—La que haya dado más hijos á la patria—respondió el grande hombre.